

APUNTES

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO
No. 11

SAN JOSE DE COSTA RICA
30 JUNIO DE 1944

LO PERDURABLE

(Fragmento de un editorial de *The New York Times*)

Confortamiento en épocas de inquietud, es la vuelta a aquellas cosas sencillas que palpitan en lo íntimo de una existencia normal: las cosas que hacen la vida digna de vivirla y a las que la especie humana debe en máxima parte su perpetuidad. Por ser subjetivas, subjetivamente sentidas, son hasta cierto punto, una defensa contra los delirios de la muchedumbre que nos rodea.

Hagamos que se estrechen los lazos del afecto a nuestra familia y a nuestros amigos; pues ella y ellos forman el círculo encantado en el cual derrama suave resplandor la lumbre del hogar, y en donde no tienen entrada ni el odio ni el temor.

Miremos con vista despejada la belleza expresiva del rostro humano; el espectáculo vario de la faena y

el esparcimiento cotidianos; el imperturbable paso de las estaciones; el esplendor del sol que ilumina la ciudad o el bosque o la pradera.

Apartemos el ánimo de lo que leemos en la prensa, o vemos en el noticiero cinematográfico u oímos por la radio. Lo que necesitamos es una reiteración positiva de lo que la vida es y puede ser; un concepto claro de la hermosura y del sentido de la vida.

El espíritu de la libertad no reside en leyes e instituciones únicamente. Se manifiesta en el acrecentamiento de la experiencia personal; en el espacio de que goza el individuo para desenvolverse, más bien que en aquel de que disponga la nación para engrandecerse; en la propensión a dejar libre el campo en el cual prueba el hombre sus aptitudes y recoge las dulzuras de un trabajo apropiado.

El taller que es colmena rumorosa y fecunda; el padre que, terminada la faena diaria, va camino del hogar; la madre que adormece con arrullos al tierno chiquillo; la pareja

de enamorados que al caer de la tarde, vaga por indeciso sendero; la espiral de humo que, en el sosiego del campo, se eleva de la fogata; el artesano que, enamorado de su obra, pone en ella los cinco sentidos; el oblicuo rayo con que el sol poniente dora las cornisas; y el amor y el esfuerzo y el goce y el sacrificio: eso es lo que importa.

Epocas hay en que es preciso tomar las armas para defenderlo; pero es menester que hayamos sabido antes ser capaces de vivirlo.

A propósito de las cadenitas con cruz o imagen que usan hoy, a pecho descubierto, tantos jóvenes:

Frente a una mujer hermosa, exclama uno: ¡Qué lindo calvario! Y si ella replica: ¿Por qué calvario? ¡No hay crucifijo! Se le responde: por lo calvo, tan calvo que se le ven los sesos, como dicen en Colombia.

Frente a un hombre, tenga pecho de Niño Dios o un breñal de San Pedro, hay que decirle: ¡Qué dicho tan exacto esta vez! Detrás de la cruz está el Diablo!

j. f.

Algunas páginas de

El Desarrollo de las Ideas en los Estados Unidos

Tomo III, Año 1943

por Vernon Louis Parrington
Traducción de Antonio Llano

(Ver cuadernos 4-5+10)

5.—GEORGE WILLIAMS CURTIS

Como Wendell Phillips, Curtis fue hijo de la aristocracia puritana, pero, a diferencia de Phillips, carecía del hebraísmo apasionado que buscaba la justicia por doquiera y con porfía. Reformador, pero nunca radical, fue toda su vida un caballero amigo de la civilización. Siendo idealista, rehusó ponerse al servicio de los muchos intereses materiales que apartaron de las sanas doctrinas de antaño a tantos de sus conciudadanos; en toda su carrera, larga y honorable, conservó su fe incommovible en la libertad y los ideales republicanos. Como abolicionista, hizo frente con valerosa serenidad a auditorios hostiles, y como reformador del servicio civil, contestó con silencio despreciativo los ataques de politicastros asquerosos. En suma, Curtis era

un caballero instruido y de gran cultura, aunque no de talla heroica.

Nacido en Providence (estado de Rhode Island), de excelente prosapia, vivió casi toda su vida en la ciudad de Nueva York, a la cual se mudó su padre a fin de dedicarse a negocios de banca.

Pasó sus días entre gente seria y digna. Tolerante y generoso, animado de amplias simpatías, y de modales urbanos, obedecía siempre a su consciencia y pesaba la vida en la balanza de la moral puritana. No era amigo de la componenda ni de la conveniencia, pero se conformaba con servir a Dios en el puesto que Dios le había asignado, sin declararse rebelde y convertirse en paria proscrito. A sus excelentes dotes intelectuales se agregó una educación excepcionalmente afortunada.

A pesar de ejercer grande influjo en asuntos de política ordinaria (era el hombre de letras en la política, como decían sus coetáneos), nunca fue versado en la política general, en la ciencia de la política. Era en el fondo un político a lo hidalgo inglés, despreciador de toda medida ruin y sórdida, amante de su patria y de la civilización, amigo y defensor de la libertad y la justicia; mas, a pesar de sus admirables cualidades, no era verdadero filósofo político. Su visión, como la de Lowell, era extrañamente limitada. Él no se interesaba en las teorías po-

líticas abstractas, y nunca examinó críticamente los diversos sistemas de gobierno. En asuntos económicos era tan ignorante como sus contemporáneos. También como Lowell, no tenía más criterio para juzgar la política que el criterio moral, y en su profunda preocupación por el "buen gobierno", pasó por alto, sin penetrar en ellas, las causas del "mal gobierno".

Escribiendo de Brook Farm a su padre, adopta el tono genial de los trascendentalistas y jocosamente se burla de aquellos que quieren hacer el mundo de nuevo.

"Ningún hombre sensato es reformador durante mucho tiempo, porque la sensatez ve claramente que el desarrollo es constante y seguro, y ni condena ni rechaza lo que es ni lo que ha sido. La reforma es la desconfianza organizada. Ella dice al universo, acabado de salir de las manos de Dios: "Eres una cosa vil; pero, ¡ójel, yo te haré grande y noble!" y nombra delegado suyo a algún Fourier o Robert Owen para mejorar la obra disparatada del Creador".

Como jefe del partido mugwump, o independiente, continuó predicando la independencia a una generación subyugada por los dogmas de partido, y prestó verdaderos servicios a su patria. Naturalmente, él no podía prever con cuánta facilidad se frustraría el programa de sufragio independiente; no podía prever que, dominando a ambas camarillas políticas y a

ambos candidatos, los gamonales políticos no dejarían al elector independiente otra alternativa que la de escoger entre rufián y rufián o abstenerse de dar su voto, con el resultado de que gran número de los electores preferirían no votar.

6.—EDWIN LAWRENCE GODKIN

El crítico más severo de la Edad del Oropel fue Edwin Lawrence Godkin, fundador de *The Nation* (La Nación). Más incisivo que George Williams Curtis, provisto de una filosofía social completa y dotado de una absoluta confianza en sí mismo, consagró treinta y cinco años a la tarea de enseñar a los Estados Unidos la ciencia del gobierno según la entendía John Stuart Mill. Era a un mismo tiempo idealista y positivista, y su historia intelectual como crítico se pone de manifiesto en sus cambios del idealismo al positivismo y viceversa.

Para Godkin, el liberal inglés que había estudiado el experimento norteamericano desde allende el mar, como para Karl Schurz, el liberal alemán, los Estados Unidos eran el corifeo de la fe democrática; y toda deserción de la causa, toda traición a esa fe, era una profanación del templo de la libertad por sus propios sacerdotes. En su concepto, el liberalismo es instrumento y factor indispensable de la civilización, y toda esperanza de un progreso racional se debe fundar en la libertad del pensamiento

y de la actividad humana. Por tanto, para Godkin, como para Schurz y los centenares de liberales europeos que buscaron refugio en los Estados Unidos después de la *débâcle* del movimiento revolucionario de 1848, era de suprema importancia que la gran república norteamericana permaneciese fiel a sus tradiciones liberales y, confiando en la libertad, no pasase por la situación infeliz de la Europa tory. Decía a los norteamericanos lo que John Wise les había dicho dos siglos antes: "Se os ha llamado a disfrutar de la libertad, y así, hermanos míos, ¡no la abandonéis! Remad con ahinco. Lleváis carga preciosa, y espero... que el alba y el buen pilotaje lo pongan todo en salvo". Pero Godkin quería hacer algo más; quería ser él mismo uno de los remeros; y a la edad de veinticinco años, lleno de esperanza, unió su suerte a la de los Estados Unidos, resuelto a servir a la causa en todas las oportunidades que se le presentasen.

Godkin estaba muy bien preparado para su excelente labor de crítica. Dotado de una inteligencia vigorosa, se mantuvo alejado de lo transitorio, y nunca tomó los objetivos inmediatos por objetivos últimos y principales. Su padre era sacerdote presbiteriano y periodista, y el robusto sentimiento de disidencia que tanto contribuyó al liberalismo victoriano le venía por herencia al hijo. Este se "crió", según decía él

mismo, "en la escuela radical de Mill y Grote", "Cuando estaba en la escuela de estudios superiores", escribía años después, "los jóvenes con quienes tenía relaciones y yo éramos liberales, en el sentido inglés de la palabra. John Stuart Mill era nuestro profeta, y Grote y Bentham eran nuestro alimento de cada día".

La filosofía que el joven Godkin, como discípulo de la escuela de Bentham, Mill y Grote, adoptó, era una adaptación utilitarista del *laissez faire*, y consistía en la doctrina de que el último objetivo social es la mayor felicidad del mayor número, y de que tal objetivo no puede alcanzarse sino mediante la más completa libertad, guiada por la razón y la justicia. Como la expuso Mill, esta filosofía era singularmente persuasiva y hallaba buena acogida en todo espíritu generoso. La libertad, afirmaba él con insistencia, es lo principal que debe desearse; porque, si los hombres son libres, amoldarán a sus necesidades los organismos sociales. El hombre es un animal tanto económico como político, y el difícil problema de las ciencias políticas es impedir que el elemento político y el económico se estorben mutuamente. El hombre económico, impulsado por el instinto adquisitivo, mira al estado político como aliado en la empresa de la adquisición; y el hombre político mira los negocios como asuntos que deben someterse a reglamentación e intervención ri-

gurosas, a fin de fomentar y proteger los intereses del Estado. A fin de impedir esta intrusión molesta de la una de estas dos formas de actividad en la otra, Mill formuló el principio de la libertad en términos tan absolutos e inequívocos como los de la escuela fisiocrática. "El único fin", dice, "para el cual puede justificarse que la humanidad, individual o colectivamente, limite la libertad de acción de cualquiera de sus miembros, es el de la propia conservación", y "el único objeto para el cual pueda justamente ejercerse autoridad sobre cualquier miembro de una sociedad civilizada, contra su voluntad, es impedir que haga mal a los otros. El propio bien, físico o moral, de tal miembro, no es razón suficiente".

Siendo positivista, amigo de la realidad como criterio, reconocía las diferencias de capacidad individual, pero miraba de reojo el que el Gobierno tratase de compensar tales diferencias; pues opinaba que el impedir el cumplimiento de las leyes de la naturaleza producía más mal que bien. La competencia económica, decía, es una lucha entre individuos, y el Gobierno debe limitarse a su función legítima, que es la de servir de policía para la conservación de la paz. Como Mill, no reconocía el Gobierno como entidad separada. Nunca confundió el personal del Gobierno con "lo que se llama «el Estado»"; y, habiendo medido la honradez y competencia

de las varias personas que administraban el Gobierno, no se sentía dispuesto a darles el poder de reglamentar las actividades de los ciudadanos. Parecíale que la honradez y competencia desinteresadas llegaban rara vez a los puestos públicos y que por tanto el Gobierno era demasiado ignorante de la moral común para contrarrestar las desigualdades de la naturaleza por medios políticos.

Su interpretación de las funciones de la crítica era análoga a la de Mathew Arnold, "La mayor obligación de todo hombre", escribía a Norton en 1865, "es para con la libertad y la civilización, o mejor dicho, para con la civilización y la libertad"; y el credo de *The Nation*, que él modificó inconscientemente cuando transfirió su afecto de la libertad a la cultura, puede resumirse en las palabras: *democracia, individualismo, moral, cultura*, a fin de promover la vida libre en una sociedad humanitaria y bien ordenada.

La doctrina de la libertad no presentaba aspecto atrayente vestida con el traje de agraristas y proletarios; Thaddeus Stevens y Terence V. Powderly eran de una raza de liberales más desgarrada que la de Gladstone y Mill; y Godkin opinaba que, con aquellos jefes, la libertad andaba desbocada arrastrando la civilización y amenazaba volcar el carro. Era por tanto deber de *The Nation*, decía, hacer sentir sus obligaciones políticas a las clases cultas norteameri-

canas, a fin de que la custodia de la libertad pasara a la inteligencia del país. La tarea resultó desalentadora, y en el espíritu de Godkin surgió gradualmente la misma duda que había asaltado a Tocqueville, a Cooper y a Fisher Ames, a saber: ¿debe la democracia ser al fin una fuerza niveladora que destruya la individualidad culta y la cultura social? ¿No estaban los demócratas norteamericanos descuidando su deber de guardianes, arrojando su herencia a los demagogos y parásitos?

Viendo la confusión, la lucha desenfadada por el lucro y los puestos públicos, y otras características repugnantes de la Edad del Oro, el liberalismo de Godkin se enfrió, su fe en la democracia perdió sus bases, y él se sintió arrastrado gradualmente hacia la derecha y el mar muerto del pesimismo. Las masas, a su vez, eran demasiado poderosas en los Estados Unidos, y movíalas el espíritu de la nivelación egoísta; la democracia había sido pervertida y el sentimiento de la responsabilidad, del deber individual, se había atrofiado; el vulgar Oeste había transmitido su ordinariez a todo el país. "No me gustan los hombres del tipo de los del Oeste", Godkin confesó a Norton, y a otro amigo que alababa a California, escribió: "Ningún paisaje ni clima que yo tuviera que compartir con gente del Oeste me parecería encantador". Nunca escatimó sus adjetivos mordaces cuando

hablaba privadamente de las regiones del país situadas al oeste del río Hudson.

En los años melancólicos de su edad avanzada halló solaz en la cultura brahmina. Vivió en Cambridge muchos años, y se sentía como entre los suyos en la compañía de Lowell y Norton, a quienes miraba como caballeros democráticos dignos de su ideal. Si todos los Estados Unidos, parece que decía para sí, fueran como Cambridge, su fe en un liberalismo culto tendría justificación. En aquellos tiempos se llamaba a sí mismo "norteamericano de la *vielle roche*", lo cual, bien interpretado, quería decir liberal de la escuela brahmina.

Los asuntos acerca de los cuales tenía que formar y expresar su opinión pusieron a Godkin en lo más reñido de las luchas de la Edad del Oropel. Como director de revista, tuvo que presenciar y juzgar las contiendas enojosas resultantes de las rivalidades entre el agricultor, el obrero y el capitalismo industrial. Cada grupo trataba de poner al Gobierno de su parte y servirse de él para alcanzar fines especiales egoístas. Para un discípulo de Mill, eso era traicionar la democracia, y cuando se trató de defender esta traición por medio de teorías económicas que a Godkin le parecían especiosas, su crítica adquirió un tono acerbo y áspero. Todos los dogmas demoleedores de que su filosofía estaba armada—la teoría del Gobierno como

agente de policía, el *laissez faire* ricardiano, el individualismo—salieron al ataque mancomunado de tales impostores.

En una carta mordaz que escribió al principio de su campaña, Godkin se expresa así con respecto al sistema whig de las subvenciones gubernamentales:

“El remedio es sencillo. El gobierno debe abandonar su política de «protección», y «subvenciones» y «mejoras». No debe inmiscuirse en el comercio, la industria, los vapores, los ferrocarriles ni los telégrafos. No puede ingerirse en estas cosas sin crear corrupción. No nos importan un bledo los cuentos maravillosos que se nos cuentan acerca de lo que puede hacerse en pro de la industria por medio de todos estos proyectos de canales y barcos y ferrocarriles. Aun cuando las ventajas materiales fueran dos veces más tentadoras, el Estado no podría emprender estas cosas sin perjudicarse, porque ni éste ni ningún otro gobierno del mundo *puede disponer de la virtud necesaria para ejecutarlas*. Y esta aseveración no es cuestión de especulación teórica; pues sabemos por experiencia que está confirmada por los hechos. Bastante tiene que hacer este Gobierno si se dedica a la conservación del orden y la administración de la justicia. Algún día quizá pueda hacer mucho más, pero no antes que ocurra un gran cambio en la situación social del país. Bien sabe Dios

cuán lejos hemos ido en el camino de la «protección» y la «promoción» y cuán a menudo hemos caído en el abismo. Por cada cien dólares asignados mediante los votos de esos hombres pobres a quienes pagamos jornales mezquinos para que ayuden a promulgar leyes en Washington, minoramos perceptiblemente el honor individual, el amor propio, el espíritu público, la fidelidad a los ideales nobles—cosas éstas en que, más que en cualesquiera triunfos materiales de la industria, debemos cifrar nuestras esperanzas de una grandeza nacional continua y perdurable. Que ya estamos ganando suficiente dinero, la consciencia nos lo dice; lo que hay que promover ahora es la honradez”.

Las pasiones que surgieron en la campaña electoral de 1896 desconcertaron a Godkin y lo hicieron perder el rumbo. Sin embargo, pronto se convenció de que el verdadero punto en disputa era la integridad moral de la nación. Al estudiar los programas y los jefes de los partidos, poco recomendable halló en ninguno de ellos. McKinley le inspiraba el desprecio que todo intelectual siente por los predicadores de perogrulladas tediósas, y en un editorial de dos columnas lo desolló con la habilidad de antaño. En cuanto a Bryan, «el orador muchacho del Platte», Godkin le tenía una aversión tal, que al expresarla se olvidó aun de la decencia; y agotó el caudal de sus insultos al manifestar su

desprecio por la convención de Chicago que eligió candidato al célebre declamador—"la chusma bramante" con su "programa populista anarquista".

Los últimos años de Godkin no fueron felices. La ola de imperialismo que inundó a Inglaterra y los Estados Unidos, con sus guerras contra los boers y los españoles, le causó gran desasosiego. El mundo rompía sus viejas amarras y se lanzaba en un mar que Godkin miraba con zozobra. La conquista de las Filipinas le parecía una degradación nacional. En noviembre de 1899 escribía:

"Vamos gateando lenta y penosamente a la manera de los tiempos de antaño, matando media docena de filipinos por semana, y constantemente «cerca del fin». La locura de la ignorancia y perversidad que manifestamos tratando de hacer conquistas y tener «súbditos» sería una vergüenza hasta para un gremio de obreros".

Los años postreros de Godkin fueron años de amargura, y la melancolía y el desaliento que estaban apoderándose de su espíritu empezaron a manifestarse en sus cartas. Es ésta una enfermedad común entre los liberales.

El idealista tiende siempre a exigir demasiado de la civilización. Traza una vía recta a la meta de sus esperanzas, y se acongoja profundamente si la sociedad prefiere encaminarse a otros objetivos por

otras vías. Godkin tenía un espíritu crítico activo, pero el campo de sus simpatías era estrecho, y muy fuertes sus prejuicios. Bien está que uno sea amigo de la civilización, pero es tontería tratar de ser custodio de ella; pues la civilización es capaz de bandearse por sí misma. Un gobierno justo y liberal es un ideal excelente, pero en el cual se interesan pocos hombres de la generalidad de las gentes. Por cuanto los Estados Unidos resolvieron seguir sus propios derroteros y no se amoldaron a los sueños de Godkin, éste se dejó dominar por el resentimiento.

En casos extremos es preciso escoger entre la tolerancia y el pesimismo. Godkin escogió el pesimismo.

(Continuará).

Nos inquieta ver que los rasgos del planeado Estado de paz se parecen demasiado al Estado planeado para la guerra. Es posible que los liberales tengan que defender de nuevo el derecho de los ingleses para pensar y expresar sus ideas. La libertad está siempre en peligro y la tiranía nunca está muy lejos.

THOMAS JONES

Inglaterra Moderna, abril 1944.

Trozos de la obra:

EL MUNDO DE AYER

de STEFAN SWEIG

(Selección de e. j. r)

(Ver cuadernos 9 y 10)

1.—RODIN

En casa de Verhaeren se produjo cierto día una discusión con un historiador del arte, quien se lamentaba diciendo que había pasado el tiempo de la escultura y de la pintura grandes. Lo contradije enérgicamente. ¿No estaba Rodin entre nosotros, quien, como creador, no se quedaba a la zaga de los grandes escultores del pasado? Empecé a enumerar sus obras y, como casi siempre que se lucha contra una oposición, caí en un ímpetu casi iracundo. Verhaeren sonrió.

—Uno que quiere tanto a Rodin, debería, en verdad, conocerlo —dijo finalmente—. Mañana le visitaré en su taller; si te agrada, te llevaré.

¿Sí me agradaba? No pude dormir de alegría. Pero frente a Rodin, se me atragantó la palabra. No lograba siquiera hablarle y permanecí entre las estatuas como una de ellas. Por modo extraño, esa perplejidad mía pareció gustarle, pues al despedirnos, el

anciano me preguntó si no quería ver su verdadero estudio, en Meudon, y hasta me invitó a su mesa. Había recibido la primera lección: que los grandes hombres siempre son los más bondadosos.

La segunda me enseñó que en su vida son casi siempre los más sencillos. En casa de este hombre, cuya fama llenaba el mundo, cuyas obras nuestra generación tiene presente, trazo por trazo, como los de los mejores amigos, se comía tan simplemente como en casa de un campesino medio, buena carne sabrosa, unas cuantas aceitunas y fruta jugosa, y para acompañarlas, un recio vino de la tierra. Esto me infundió mayor valor, y al final hablé de nuevo sin ambajes, como si ese hombre viejo y su mujer me hubieran sido familiares desde hacía muchos años.

Después del almuerzo pasamos al taller. Era una sala espaciosa que reunía copias de sus obras más significativas, pero entre éstas yacían o levantábanse centenares de preciosos estudios de detalle —una mano, un brazo, las crines de un caballo, una oreja de mujer; en su mayoría sólo modelados en yeso. Recuerdo todavía muchos de esos esbozos formados únicamente para el propio ejercicio. Finalmente, el maestro me condujo hasta un pedestal, donde unos trapos humedecidos ocultaban su última obra, un retrato de mujer. Apartó el género con sus pesadas y arrugadas manos de campesino y dio un paso atrás. Preferí sin querer un "¡Admirable!", que me

salió del pecho oprimido y enseguida me avergoncé de semejante trivialidad. Pero con reposado positivismo, en el que no se hubiera podido descubrir ni un asomo de vanidad, murmuró, contemplando su propia obra, en tono de asentimiento:

—*¿'N'est ce pas''?* —Luégo titubeó—. Sólo aquí, en el hombro... ¡Un momento!

Se quitó el saco de entrecasa, se puso el guardapolvo blanco, tomó una espátula y con un golpe magistral alisó en el hombro la suave piel que parecía respirar y vivir. Nuevamente dio un paso atrás.

—Y después aquí—musitó.

Y otra vez quedó realzado el efecto mediante un detalle mínimo. Después ya no habló. Avanzaba, volvía atrás, miraba la figura a través de un espejo, rezongaba, y emitía sonidos ininteligibles, modificaba, corregía. En su mirada, amablemente distraída durante el almuerzo, movíanse ahora con brusquedad extrañas luces; parecía haberse agrandado y rejuvenecido. Trabajaba, trabajaba con toda la pasión y la fuerza de su robusto y pesado cuerpo; cada vez que daba con vehemencia un paso hacia adelante o hacia atrás, crujía el piso. Pero él no lo oía. No notaba que a su espalda estaba un hombre joven, silencioso, con el corazón en la garganta, dichoso de poder observar a semejante maestro sin igual durante la labor. Se había olvidado completamente de mí. Yo no existía para él. Sólo estaba la figura, la obra, y detrás de ella, invisible, la visión de la perfección absoluta.

Así transcurrió un cuarto de hora, media hora, no sé cuánto tiempo. Los grandes momentos siempre permanecen más allá del tiempo. Rodin estaba tan abismado en su tarea que ningún trueno le hubiera despertado. Sus movimientos eran cada vez más ásperos, casi más furiosos. Una suerte de ferocidad o embriaguez le había sobrevenido; trabajaba más y más rápidamente. Luégo las manos se volvieron más titubeantes. Parecía haber reconocido que nada les quedaba por hacer. Una vez, dos, tres veces retrocedió, sin retocar más. Entonces dijo algo con una voz que se perdió entre su barba, y con la delicadeza con que se coloca un echarpe en el cuello de una mujer querida, envolvió la figura con los trapos. Respiró hondamente y aliviado. Su figura parecía tornarse nuevamente más pesada. El fuego se había extinguido. Y ocurrió lo para mí incomprendible, la gran lección: se quitó el guardapolvo, recogió el saco de entre casa y se dispuso a marcharse. Se había olvidado de mí totalmente en esa hora de suprema concentración. Ya no sabía que un hombre joven, a quien él mismo condujo al taller para enseñarle sus obras, había permanecido detrás de él, con la respiración retenida, inmóvil como una estatua.

Se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a cerrarla, me descubrió y se quedó mirándome de hito en hito, casi disgustado: ¿quién era ese joven intruso.

que se había introducido furtivamente en su estudio? Pero en seguida reaccionó, y casi avergonzado vino hacia mí.

—*Pardon, monsieur* . . . — empezó.

Pero no le dejé seguir. Me limité a estrechar agradecido su mano: hubiera querido besarla. En esa hora se me había manifestado abiertamente el arcano eterno de todo el arte, y en realidad de toda realización humana: concentración, el resumen de todas las energías, de todos los sentidos; el éxtasis, la ausencia del mundo, de todo artista. Aprendí algo para mi vida entera.

2.—GUERRA DE 1914. EN AUSTRIA.

No cabía duda, lo monstruoso estaba en marcha: la invasión alemana a Bélgica, contraria a todo estatuto del derecho internacional. Volví temblando al tren y proseguí el viaje, de regreso a Austria. Entonces ya no era posible dudar: viajaba rumbo a la guerra.

A la mañana siguiente estaba en Austria. En todas las estaciones aparecían pegadas las proclamas que anunciaban la movilización general. Los trenes se llenaban de reclutas recién uniformados, ondeaban las banderas, retumbaba la música marcial, y en Viena hallé la ciudad entera sumergida en la embriaguez. El terror primitivo de la guerra, que nadie

quería, ni los pueblos ni el Gobierno, de esa guerra que se había deslizado entre las manos torpes de los diplomáticos, contra su voluntad, después de que habían jugado y fanfarroneado con ella, se transformó de repente en entusiasmo. Formáronse manifestaciones en las calles; de pronto, en todas partes, flameaban banderas y se escuchaba música; los jóvenes reclutas marchaban triunfalmente, con los rostros iluminados, porque se les saludaba jubilosamente, a ellos, los pequeños hombres del diario vivir, a quienes antes nunca nadie había celebrado y en quienes nadie había fijado su atención.

En honor a la verdad, debo reconocer que en esa primera eclosión de las masas había algo grandioso, avasallador y hasta seductor, algo a lo que era difícil sustraerse. Y pese a todo el odio y aborrecimiento de la guerra, no quisiera pasarme sin el recuerdo de esos días primeros. Miles, centenares de miles de hombres sentían como nunca lo que mejor debían haber sentido en la paz: que formaban una unidad. Una ciudad de dos millones de habitantes, un país de casi cincuenta millones, tuvo en esa hora la sensación de que todos eran coparticipes de la historia universal, de un instante que nunca volvería a repetirse, y de que cada cual estaba llamado a lanzar su yo minúsculo en esa masa ardiente, para purificarlo en ella de todo egoísmo. Todas las diferencias de clase, de idioma, de posiciones y

religión quedaron ahogadas por un instante en el fluyente sentimiento de la fraternidad. Extraños se hablaban en la calle; hombres que durante años habían evitado cualquier encuentro, se estrechaban las manos; en todas partes veíanse rostros animados. Cada cual experimentaba una superación de su Yo, ya no era el hombre aislado de antes, estaba involucrado en una masa, era pueblo, y su persona, esa persona de ordinario inadvertida, había adquirido un sentido. El insignificante empleado de correos, que habitualmente clasificaba cartas de la mañana a la noche, desde el lunes hasta el sábado, ininterrumpidamente, el escribiente, el zapatero, se veían de pronto frente a una posibilidad distinta, una posibilidad romántica en su vida: podían llegar a ser héroes, y las mujeres halagaban a cualquiera que vestía uniforme, y los que quedaban en la retaguardia lo saludaban respetuosamente con ese título romántico. Reconocían el poder ignorado que los elevaba por encima de su diario vivir; aun la pena de las madres, el temor de las esposas, se avergonzaba, en esas horas de la primera euforia, de manifestar su sentimiento, que sin embargo, era en extremo natural. Pero talvez obraba en esa embriaguez una fuerza más profunda, más misteriosa. Esa marejada inundó a la humanidad con tal precipitación que, cubriendo la superficie con su espuma, elevó con fuerza a flor de piel los impulsos primitivos inconscientes y los instintos del

animal humano; dejó en libertad eso que Freud llamaba tan meditadamente "la repugnancia de la cultura", el anhelo de librarse alguna vez del mundo burgués de las leyes y los párrafos que aquél les imponía, para dar rienda suelta a los ancestrales instintos de la sangre. Acaso esas potencias oscuras tenían parte también en aquella embriaguez salvaje, en la que todo se confundía —el deseo de inmolar-se y el alcohol, el gusto de la aventura y la pura buena fe, la vieja magia de las banderas y de las palabras patrióticas—, en esa embriaguez de millones de hombres, siniestra, casi imposible de describir con palabras, que por un instante dio al crimen máximo de nuestra época un ímpetu feroz y casi arrebatador.

La generación de hoy, que sólo fue testigo del estallido de la segunda guerra mundial, se ha preguntado talvez: "¿Por qué no hemos experimentado otro tanto? ¿Por qué las masas no se inflamaron en 1939 en la misma entusiasta locura, como en 1914? ¿Por qué respondieron al llamado, simplemente, con serenidad y decisión silenciosa y fatalista? ¿No estaba en juego lo mismo; no se trataba de algo más, de algo más sagrado, algo superior en esta guerra actual nuestra, que es una guerra de ideas y no sólo una lucha por fronteras y colonias?"

La respuesta es simple: ello ocurre así porque nuestro mundo de 1939 ya no disponía de tanta

credulidad infantil, de tanta ingenuidad como el de 1914. En aquel entonces el pueblo confiaba todavía, sin vacilar, en sus autoridades; en Austria, nadie se hubiera atrevido a pensar que a sus ochenta y tres años de edad, el por todos respetado padre de la patria, el emperador Francisco José, hubiera podido llamar a su pueblo a la lucha sin que mediara una extrema necesidad, que hubiera podido requerir el sacrificio de sangre de su pueblo sin que enemigos perversos, ladinos, criminales, amenazaran la paz del imperio. Los alemanes, a su vez, habían leído los telegramas de su emperador al zar, mediante los que luchaba por la paz; un respeto enorme por los "superiores", los ministros, los diplomáticos, y por su comprensión y su sinceridad, animaba todavía al hombre sencillo. Si estallaba la guerra, ello sólo podía ocurrir contra la voluntad de sus propios estadistas; ellos mismos no podían ser culpables, nadie en el país tenía el menor asomo de culpa. Los criminales, los que azuzaban a la guerra debían hallarse, pues, en el país adversario; se empuñaba las armas en defensa propia frente a un enemigo malvado y taimado, que sin el menor motivo "asaltaba" a la pacífica Austria y a la pacífica Alemania. En 1939, en cambio, esa confianza casi religiosa en la honorabilidad o por lo menos en la capacidad del propio Gobierno, se había esfumado en casi toda Europa. La diplomacia merecía un total menosprecio desde

que se había visto con amargura cómo había traicionado en Versalles la posibilidad de una paz duradera; los pueblos recordaron demasiado claramente con cuánto descaro se les había engañado con las promesas del desarme y la supresión de la diplomacia secreta. En el fondo, no se respetaba ya, en 1939, a ningún estadista, y nadie les confiaba de buena fe su destino. El más insignificante barrendero francés se burlaba de Daladier; en Inglaterra había desaparecido desde la jornada de Munich — "*Peace for our time!*" — toda confianza en la amplitud de visión de Chamberlain; en Italia y en Alemania, las masas miraban llenas de angustia a Mussolini y a Hitler: "¿Adónde nos empujará ahora?" Es verdad, nadie podía resistirse, estaba en juego la patria; por eso los soldados tomaban el fusil, y las mujeres dejaban marchar a sus hijos, pero ya no como otrora, con la fe inquebrantable de que el sacrificio era inevitable. Se obedecía, pero no se prorrumpía en júbilo. Los hombres marchaban al frente, pero ya no soñaban con convertirse en héroes. Los pueblos, cada individuo, sabían ya que no eran más que víctimas, o de la necedad humana y política, o de una fuerza del destino, incomprensible y malévola.

Y, además, ¿qué sabían de la guerra en 1914 las grandes masas, al cabo de casi medio siglo de paz? No la conocían, apenas habían pensado alguna vez en ella. Era una leyenda, y la distancia, precisamen-



te, le había dado un tinte heroico y romántico. La veían todavía en la perspectiva de los textos escolares de lectura y en los cuadros de los museos: el tiro mortal siempre, generosamente en medio del corazón; la campaña entera, nada más que una resonante marcha triunfal. "Para Navidad estaremos de vuelta", gritaban los reclutas, sonriendo a sus madres, en agosto de 1914.

Una rápida excursión hacia lo romántico, una aventura furiosa y viril, así se imaginaba la guerra el hombre sencillo de 1914!

La generación de 1939, en cambio, conocía la guerra. Ya no se engañaba. Sabía que no era romántica, sino bárbara. Sabía que duraría años y años, un lapso in sustituible de la vida. Sabía que no se arremetía, coronado con hojas de encina o con cintas de color contra el enemigo, sino que se inmovilizaba durante días y semanas, lleno de pulgas y medio muerto de sed, en trincheras y cuarteles, y se caía destrozado y mutilado desde lejos, sin haber visto nunca al enemigo cara a cara. Se conocían de antemano, a través de los diarios y el cinematógrafo, sus nuevas artes de destrucción técnico-diabólicas; se sabía que tanques enormes aplastaban a los heridos en su camino, y que los aviones laceraban a mujeres y niños en sus camas; se sabía que en 1939 una guerra mundial sería, por obra de la mecanización desalmada, mil veces más baja, más bes-

tial, más inhumana que todas las guerras anteriores de la humanidad. No había en toda la generación de 1939 un solo hombre que creyera todavía en una justicia de la guerra grata a Dios, y lo que es peor aún: ya no se creía siquiera en la justicia y en la estabilidad de la paz que tal guerra debía conquistar. Porque se recordaba demasiado claramente todos los desengaños que siguieron a la anterior: depauperamiento, en vez de enriquecimiento; amargura en lugar de pacificación; carestía, desvalorización, revueltas, pérdida de la libertad civil, esclavización al servicio del Estado, la incertidumbre agotadora de nervios, la desconfianza de todos hacia todos.

Esto produjo la diferencia. La guerra de 1939 tenía un sentido espiritual; se trataba de la libertad, de la conservación de un bien moral. Y luchar por algo que tiene sentido, torna al hombre duro y resuelto. La guerra de 1914, en cambio, no sabía nada de las realidades, servía todavía a una ilusión, al sueño de un mundo más justo, mejor, más pacífico. Y sólo la ilusión, no el saber, da felicidad. Por eso, las víctimas de entonces marchaban hacia el tajo de carnicero jubilosas, embriagadas, adornadas con flores, y con hojas de encina en el yelmo; por eso las calles retumbaban y brillaban como durante una fiesta.

*
**

En esas primeras semanas de guerra de 1914, se hizo pronto imposible sostener con alguien una conversación razonable. Los más pacíficos, los más sensatos, estaban como embriagados por la atmósfera de sangre, y ciertos amigos que siempre había conocido como individualistas decididos y aun como anarquistas intelectuales, se habían transformado de la noche a la mañana en patriotas fanáticos, y de patriotas, en "anexionistas" insaciables. Cualquiera conversación terminaba con frases estúpidas, como: "El que no sabe odiar, tampoco sabe amar verdaderamente", o con sospechas groseras. Camaradas con quienes desde hacía años no había tenido una disputa, me acusaron de un modo zafio, diciendo que yo no seguía siendo austriaco y sugiriéndome que me trasladara a Francia o a Bélgica. Más aún: insinuaban cautelosamente la necesidad de denunciar a las autoridades mi modo de pensar, parejo al de los que decían que esa guerra era un crimen, pues los "derrotistas" —el bello término acababa de inventarse en Francia— eran los mayores culpables de lesa patria.

En esas circunstancias quedaba un solo recurso: encerrarse en sí mismo y callar mientras los demás deliraban y destilaban veneno. No fue cosa fácil. Porque ni siquiera en el destierro —llegué a conocerlo más que bastante— es tan amargo vivir como aislado en su patria. En Viena había perdido a los

amigos viejos, y no era el momento de buscar otros nuevos. Sólo con Rainer María Rilke mantenía alguna vez una conversación de comprensión íntima. No puedo dejar de sonreír involuntariamente al recordarlo vestido de uniforme. Cierta día alguien golpeó a mi puerta. Se presentó un soldado bastante tímido. Quedé sorprendido, ¡Rilke, Rainer María Rilke en uniforme de soldado! Ofrecía un aspecto enternecedoramente desmañado, el cuello de la casaca demasiado ancho, y él, confundido por la idea de tener que saludar a cada oficial, juntando los talones con un golpe. Y como en virtud de su coerción mágica en el sentido de la perfección quería cumplir ejemplarmente aun esos formulismos nimios del reglamento, se encontraba en un estado de sobresalto permanente.

—Odio este disfraz —me dijo con su voz baja— desde los tiempos del Colegio Militar. Creí haberme librado de él para siempre. ¡Y ahora tengo que vestirlo otra vez, a mis casi cuarenta años!

Por fortuna había manos caritativas dispuestas a protegerle, y gracias a una revisión médica clemente, fue dispensado del servicio. Volvió una vez más a mi despacho para despedirse —ahora ya nuevamente vestido de particular—; casi diría que entró como un soplo (pues siempre caminaba de un modo indescriptiblemente silencioso). Quería darme, además las gracias porque, valiéndome de la intervención de Rolland, había salvado su biblioteca confiscada en París. Por primera vez no tenía ya aspecto juve-

nil; era como si el pensamiento del horror lo hubiera agotado.

—Me voy al extranjero —me dijo—. ¡Ojalá que usted también se pueda ir al extranjero! La guerra es siempre una prisión.

Poco después se ausentó. Entonces me quedé de nuevo completamente solo.

Pocas semanas más tarde, resuelto a esquivar aquella peligrosa psicosis de masa, me trasladé a un suburbio rural, para iniciar, en medio de la guerra, mi guerra personal: la lucha contra la traición de la razón a favor de la momentánea pasión de las masas.

(Continuará).

La explicación más razonable del éxito me la dió una vez la involuntaria ironía de un rótulo que ví en un escaparate de la Quinta Avenida:

EN ESTA CASA NADIE TRABAJA MAS DE
CUARENTA HORAS POR SEMANA,
CON EXCEPCION DE LOS JEFES.

Nadie ha hecho nunca grandes cosas trabajando 40 horas por semana. La mayoría de los que descuellan en los diversos ramos de la actividad humana hacen lo posible por trabajar 40 horas por día.

Channing Pollock, en *The American Mercury*
mayo de 1944

LAVOISIER

El mundo de la ciencia celebró el año pasado el segundo centenario del nacimiento, el 26 de agosto de 1743, de Antonio Laurent Lavoisier, padre de la química moderna. Recordemos su brillante obra en química: los experimentos clásicos haciendo ver que el aire es una mezcla de dos gases, uno de los cuales (oxígeno) mantiene, y el otro (ázoe, ahora denominado nitrógeno) extingue, la llama, y el fuego y la vida; el descubrimiento del papel del oxígeno en la combustión y la respiración; su explicación (a propósito de los experimentos de Cavendish) de que el agua es un compuesto de hidrógeno y oxígeno, y que el ácido nítrico se produce por la combinación del oxígeno con el nitrógeno; la reforma de la nomenclatura química; y el trazado de la primera tabla de elementos químicos (1). En el reino de la ciencia pura, sobre aquellas frías y solitarias mesetas de las osadas empresas intelectuales, Lavoisier, se verá una vez más, aparece situado cerca de nuestro propio e inmortal Newton.

(1) Fue Lavoisier además quien hizo de la balanza el instrumento por excelencia de nuestros laboratorios. En términos sencillos formuló el principio llamado "de la conservación de la materia". *Nada se pierde; nada se crea.*

Pero hay otro aspecto de la vida de Lavoisier cuyo recuerdo es de lo más oportuno en estos días: su interés de toda la vida en la ciencia aplicada y los prominentes servicios de interés público realizados con ella. En sus primeros años se entregaba a la tarea de reunir las observaciones diarias del termómetro y del barómetro sobre zonas extensas para estudiar los movimientos de la atmósfera con miras a la predicción del tiempo, un estudio moderno; de una manera especial, el Rey le otorgó una medalla de oro por un ensayo sobre el alumbrado público; y contribuyó al trazado del mapa geológico de Francia, para cuyo trabajo visitó minas, canteras, fundiciones y estudió el suelo, su relieve y su vegetación. Más tarde, elegido académico, realizó inmensos servicios durante muchos años con la preparación de memorias científicas sobre una amplia variedad de cuestiones de interés público, sobre prisiones, inventos, industrias, sanidad pública, etc. etc. Como miembro de la *Ferme*, la compañía privada encargada del recaudo de los impuestos públicos, fue un reformador y un administrador humanitario. En su hacienda aplicó con éxito los métodos y los conocimientos científicos al mejoramiento de la cría del ganado y de la agricultura. En la comisión de la Pólvora fue donde quizás se reveló mejor su gran capacidad para las cuestiones relacionadas con los servicios públicos y

la ciencia aplicada; reformó el sistema entero, acabó con los abusos y corruptelas e incrementó de tal modo la calidad y la cantidad de la pólvora que Francia quedó colocada en su propio estado de preparación militar e independizada de fuentes extranjeras.

Lavoisier fue uno de los más grandes de todos los hombres de ciencia; un gran funcionario público y un gran administrador; en nadie quizás se hayan combinado nunca tan bien estas cualidades, de las que tan necesitados nos hallamos en el momento presente,

Tomado de M. S. N. (Monthly Science News).

—¿Qué le parece eso de suprimir las elecciones para diputados, de medio período?

—El tema no es muy interesante. Pero que esas elecciones jamás le han interesado al país, está patente. Cuando el voto no era obligatorio, el Gobierno con sus empleados, hacía las elecciones a su guisa y sabor. Y últimamente, establecido el voto secreto y obligatorio, son legión, los que se abstienen de votar, no obstante la ley, y son también legión, mucho mayor, los funcionarios públicos que votan.

Con las elecciones de medio período todos los gobiernos se han asegurado, para la segunda mitad de su administración, una cámara absolutamente sumisa e incondicional.

Algunas palabras de un discurso
de WINSTON CHURCHILL
en la Universidad de Harvard.
(Setiembre de 1943).

Dos veces en el curso de mi vida el largo brazo del destino se ha tendido a través del océano interesando toda la fuerza, toda la virilidad de los Estados Unidos en una lucha mortífera. No valía decir: «Nosotros no la queremos, ni la tendremos; nuestros antepasados dejaron Europa para evitar esas luchas; hemos encontrado un nuevo mundo que no tiene contacto con el viejo». De nada servía eso. El largo brazo se extiende despiadadamente. . . .

El precio de la grandeza es la responsabilidad. Si el pueblo de los Estados Unidos hubiera permanecido en una posición mediocre, luchando con las tierras incultas, absorbido por sus propios asuntos, y factor sin importancia en el movimiento del mundo, pudiera haber permanecido olvidado, no molestando más allá de sus protectores océanos.

Pero no puede uno elevarse a la categoría de la comunidad principal del mundo civilizado sin hallarse envuelto en sus problemas, sin ser convulsionado por sus dolores e inspirado por sus causas.

El pueblo de los Estados Unidos no puede escapar a la responsabilidad mundial. Aunque vivimos en un período tan tumultuoso, que poco se puede predecir, podemos estar completamente seguros de que este proceso será intensificado con cada paso hacia adelante que den los Estados Unidos, en riqueza como en poder.

No sólo están creciendo las responsabilidades de esta gran República, sino que el mundo sobre el cual se extienden se está contrayendo en relación con nuestros poderes de locomoción. Hemos aprendido a volar. ¡Qué prodigiosos cambios implícitos en esa nueva realización!

El ancho océano y el vasto desierto se han estrechado.

A través de toda esta tremenda conmoción actual, hallarán ustedes en la Comunidad Británica y en el Imperio Británico buenos camaradas a los cuales están unidos por lazos que no son los de la política de Estado o la necesidad pública.

Existen, en alto grado, lazos de sangre y de historia. Naturalmente, yo, hijo de ambos mundos, tengo consciencia de estos lazos. La ley, el idioma, la literatura; estos son factores considerables. Conceptos comunes de lo que es justo y decente caracterizan a los dioses del poder leal. Un severo sentimiento de justicia y, sobre todo, el amor a la libertad personal.

Estos son conceptos comunes a ambos lados del océano entre los pueblos de idioma inglés. Nosotros sustentamos estos conceptos tan vigorosamente como ustedes. La tiranía es nuestro enemigo, cualesquiera que sean sus arreos y disfraces, cualquiera que sea el idioma que hable, ya sea interna o externa.

No debemos dejar ir la seguridad que hemos hallado necesaria para preservar nuestras vidas y libertades hasta que estemos completamente seguros de poseer alguna otra cosa en su lugar, que nos dé una garantía igualmente sólida.

El gran Bismarck—pues en un tiempo hubo grandes hombres en Alemania—observó una vez, según se dijo, hacia el fin de su vida, que el factor más potente de la sociedad humana a fines del siglo XIX era el hecho de que los pueblos inglés y americano hablaban el mismo idioma.

Esa afirmación estaba grávida de sentido. Ciertamente, nos ha facultado para librar la guerra juntos con una intimidad y una armonía jamás alcanzada antes entre aliados. Este regalo de la lengua común, es un inapreciable patrimonio y bien puede devenir algún día la base de una ciudadanía común.

Yo gusto de pensar en los ingleses y los americanos actuando libremente en los vastos Estados de cada uno sin tener apenas la sensación de ser extraños unos a otros. Pero no veo por qué no habríamos de tratar de difundir nuestro idioma común más ampliamente por todo el globo, y sin procurar ventajas

egoístas sobre ninguno, posesionarnos de esta inapreciable amenidad y derecho natos.

Hace algunos meses persuadí al gabinete británico a crear un comité de ministros para estudiar el Inglés Básico e informar sobre él. Aquí tienen ustedes un plan—hay otros—, pero aquí tienen ustedes un plan cuidadosamente elaborado para un lenguaje internacional apto para muy amplias transacciones de negocios prácticos y de intercambio de ideas. Todo él está comprendido en unos 650 sustantivos y 200 verbos u otras partes de la oración; no más, en efecto, de los que se pueden escribir en una hoja de papel por una sola cara.

Sería ciertamente una gran conveniencia para todos nosotros poder movernos libremente por el mundo—como podremos hacerlo más libremente que nunca a medida que evolucione el mundo y la ciencia—poder movernos libremente por el mundo y hallar en todas partes un medio, aunque primitivo, de intercomunicación e inteligencia.

¿No sería también una ventaja para muchas razas y una ayuda para la edificación de nuestra nueva estructura de conservación de la paz?

Todas estas son posibilidades, y yo digo: pongámonos juntos a la obra.

Marchemos adelante, como en otros asuntos similares en objetivo y en afecto. Marchemos adelante sin malicia para nadie y con buena voluntad para todos.

Esos planes ofrecen mucho mejores premios que el de tomar las provincias o las tierras de otros pueblos, o el de triturarlos con la explotación. Los imperios del futuro son los imperios del espíritu.

De Ernesto Nelson

Algunas palabras de la respuesta que este ilustre argentino dió a la encuesta del Comitee on the War and Religious Outlook, de E. E. U. U., cuando pensábamos casi todos que iba a terminar bien la guerra de "1914".

1.— La subordinación del individuo al Estado ha tenido por resultado substituir los valores esenciales humanos por valores ficticios.

2.— La relación del individuo con el Estado ha afectado la finalidad de la educación. Esta ha sido un instrumento en manos del Estado, de que se ha valido para realizar sus propios fines, más bien que como una oportunidad para ensanchar el radio de la libertad y acrecentar la eficiencia individual en persecución de los propios fines del individuo. En este antagonismo se encierra el conflicto secular entre el ideal del educador y las finalidades educacionales.

3.— Así como la investidura oficial da a los hombres un valor convencional, así también es inseparable de la vida política de las naciones el reconocimiento de jerarquías en los lugares geográficos, de acuerdo con el rango que éstos ocupan en la división administrativa. Una clasificación política del territorio atenta contra los sentimientos naturales de adhesión

y lealtad del hombre para con el lugar de nacimiento, impidiendo que prospere un sano regionalismo.

4.— La absoluta seguridad internacional reducirá considerablemente la necesidad de muchas de las atribuciones del Estado y aflojará los vínculos del tácito pacto entre aquél y el individuo. Los derechos de este último acrecen a medida que los del Estado pierden su autoridad.

5.— El hombre será la fuente de todo derecho y de toda razón; no el Estado; y para hacer que esos derechos no entren en conflictos ni sean sacrificados en obsequio de fines demasiado remotos, las unidades políticas serán pequeñas, circunscritas a la zona en que un mismo ambiente físico-económico imprime a los habitantes necesidades y aspiraciones semejantes.

6.— A la centralización social presente sucederá una descentralización que creará un civismo regional y una nueva cultura. Al dogmatismo político fuente de este doctrinarismo que es una de las causas de la inquietud cultural de la hora presente, sucederá un pragmatismo basado en la aceptación de los hechos y las costumbres y el reconocimiento de las diferencias individuales. El orden social dependerá más de las sanciones de la opinión pública en comunidades donde las relaciones de vecindad son estrechas o íntimas que de las abstracciones de la ley que pretende legislar en zonas dilatadas de espacio y de tiempo.

7.— La vida social será más intensa en la periferia que en el centro, y desaparecerán los actuales prestigios de metropolitano. La época que se inicia llevará a su crisis final el sistema parlamentario, puesto que será en ella posible hacer de la democracia una realidad, abjurando de sus símbolos aparentes y superficiales. Los jefes de Estado serán meros administradores de ciertos servicios generales.

8.— El patriotismo será un sentimiento de lealtad al terruño, que no excluirá la benevolencia para los demás grupos sociales. Desaparecida la superestructura que altera el valor de la acción humana haciendo del individuo un servidor de los fines agresivos del Estado, la moral pública coincidirá con la moral privada. Las virtudes de la benevolencia y hasta del sacrificio del propio interés, serán posibles cuando los valores en juego no sean tan formidables como son hoy los que tienen en el tapete los gobiernos de los grupos llamados naciones.

9.— Debilitado el dogmatismo político, templado el doctrinarismo por una aceptación más amplia de la realidad de la vida, la religión se hará menos dogmática y más tolerante con las interpretaciones individuales. La religión cristiana, especialmente el catolicismo, podrá volver a las prácticas simples y directas de la religión cristiana primitiva.

10.— La educación será más cuestión del individuo que cuestión del Estado. Siendo la educación

función de los pequeños grupos autónomos y soberanos, su gobierno vendrá a quedar en manos de aquellos directamente afectados por su marcha, e interesados por lo tanto, en su perfeccionamiento.

11.— La desvinculación del Estado con respecto al gobierno de la Universidad (en los países que todavía retienen el tipo napoleónico de universidades "nacionales") hará posible el reemplazo de la función puramente profesional por la función cultural, educativa y libre. Ello quitará la situación de privilegio de que gozan en esos países las carreras profesionales y las pondrá en el mismo pie que las actividades comerciales e industriales, con inmensa ventaja para la democratización de la cultura.

12.— El ideal de eficiencia personal diversificará la cultura, al revés de lo que sucede con el ideal de eficiencia nacional, que tiende a unificarla dentro de normas férreas en que no cabe el respeto a la indiosincracia individual. No será pues un inconveniente sino, al contrario, un beneficio, la diversidad cultural nacida de las múltiples tendencias regionales en los grupos políticos autónomos.

13.— Despojada de los privilegios del Estado, será cada vez menos un signo de clase y cada vez más un nivelador de las condiciones sociales. No siendo su finalidad, la formación de una élite, sino el acrecentamiento del capital psíquico que cada cual aporta, todos los tipos de cultura serán igualmente nobles e importantes.

14.— No conduciendo a la prebenda que comporta la posesión de un título otorgado por el Estado, la educación no será competitiva ni servidora del privilegio. La escuela se adaptará al individuo, no el individuo a la escuela. Cada uno tendrá derecho a una educación adaptada a sus capacidades.

15.— El reconocimiento de la autonomía regional establecerá el equilibrio entre la población y el medio en que vive; hará cesar la situación de dependencia artificial e injusta de unas zonas respecto de otras; dignificará la vida provincial y rural; despertará una sana emulación regional que se traducirá en la ejecución de obras de utilidad y de ornato; provocará, en suma, un renacimiento del viejo esplendor regional sofocado por el advenimiento de las grandes nacionalidades y la omnipotencia cesarista del Estado, que absorbió las viejas libertades.

16.— La participación del ciudadano en la elección de un presidente de república, de un miembro del congreso o de un gobernador de provincia, es más un símbolo de soberanía popular que una realidad práctica. En cambio la participación del ciudadano en las normas de educación que reciben sus hijos, en el reparto de los impuestos, en la inversión de los recursos públicos locales, en la protección de su salud y su vida, es lo que presenta realidad e interés al ejercicio de la soberanía individual.

DE LOS TESTIGOS

Por EL LORD JUSTICIA DU PARCQ

Como cualquiera puede ser llamado a que preste declaración ante un tribunal, puede decirse que hablar de testigos es hablar de toda la humanidad civilizada. Pero los seres humanos adquieren carácter del medio en que viven, y aunque pueden permanecer esencialmente los mismos, ofrecen características muy diferentes según el papel que les toque representar.

Por ese motivo, a los ojos de un abogado, por lo menos, un hombre bueno y veraz puede ser un "mal testigo". Así como un bribón y un embustero pueden ser un "buen testigo". Para un abogado en ejercicio el "buen testigo" es el que cuenta una historia convincente, o por lo menos plausible, con reposada confianza, sin locuacidad ni titubeos, y que, aunque no parezca ser muy inteligente, no vacile en un interrogatorio. No puede ser vehemente. En sus comentarios sobre el pleito entre Bardell y Pickwick, Dickens dijo muy acertadamente: "Los abogados sostienen que hay dos clases especialmente malas de testigos: un testigo mal dispuesto y un testigo demasiado complaciente". El lector de *Las Aventuras de Mr. Pickwick* recordará que "el sino de Mr. Winkle fue representar los dos papeles".

Creo que la mayor parte de los ingleses, y sin duda la mayor parte de las inglesas, harían mucho

para evitar actuar de testigos. La mayoría de los ingleses no gusta de hablar en público, y desde luego aborrece la idea de que le pregunten en público; porque tiene un miedo efectivo, aunque inmotivado, de que las sutiles artes del interrogatorio de un abogado puedan arrancarle lo más opuesto a la verdad; pues para ser justos hay que decir que casi siempre ansía decir la verdad y que los falsos testimonios son muy raros en Inglaterra. Para tener una idea de los sentimientos de un testigo experimentado, tenemos que imaginar al actor aficionado que por primera vez se presenta ante las candilejas, y los terrores de un alumno malo en un examen oral. Y nadie está inmune. Una vez fue llamado a prestar declaración un abogado, que después fue juez, y cuando le preguntaron: "¿Cómo se llama usted?" empezó a titubear y a desdecirse y no podía dominar su azoramiento. Eso fue al menos lo que me contó, y conozco pocos hombres que sean más sinceros. Tenía dos nombres de pila, pero generalmente se le conocía sólo el segundo, pero la verdadera causa de su azoramiento fue la novedad del papel que tenía que representar, y los terrores consiguientes.

Pero quiero decir algunas palabras animadoras a cualquier posible testigo ante un tribunal inglés. Pronto notará que no hay nada de qué asustarse, pues las viejas mañas de intimidación y de hábiles preguntas han desaparecido casi por completo, y si algún abogado llevado de excesivo celo en favor

de su cliente trata de envolver a un testigo o de intimidarle, le hace a su causa y a sí mismo más daño que bien, pues el juez está presente para que se haga justicia, y disfruta de plenos poderes para que se haga tanto a los testigos como a las partes.

A veces los temores de los testigos no tienen el menor fundamento. Cuando Lord Sankey (que después fue Lord Canciller) era juez en una audiencia, una señora que estaba prestando declaración apeló a él preguntando: "Señor Juez, ¿tengo que responder a esa pregunta?" Como la pregunta parecía inocente y discreta, y el juez replicase que no veía motivo para que no fuese contestada, la señora, con gran sorpresa del juez, manifestó signos de gran emoción, acabando por exclamar: "Señor Juez, señor Juez, no sé qué respuesta es la que debe darse".

Aun cuando un testigo conoce, o cree que conoce, la respuesta, no le es siempre fácil dar la respuesta con precisión y sencillez. Dícese a menudo que es fácil decir la verdad, y así es en el sentido de evitar decir mentiras deliberadas; pero dar cuenta con precisión de los resultados de la observación que hemos hecho de los acontecimientos, o la sustancia de una larga conversación, no es nada fácil. Permítaseme añadir, en beneficio de los presuntos testigos, que todo juez con experiencia conoce la dificultad del asunto.

Pero, afortunadamente para los ingleses, se les ahorra una dificultad, y es que no se les pregunta, como he oído en Francia preguntar a los testigos,

qué es lo que saben sobre el caso que se juzga, dejándoles luego contar la historia a su manera. Y no es que yo critique el procedimiento continental. Existe un principio esencial para cualquier abogado que compare los sistemas legales de los diferentes países, y es el expresado en el viejo proverbio de que lo que a uno le alimenta, al otro le envenena. Los franceses tienen mucha más facilidad de palabra que los ingleses, y no es fácil que se asusten aunque se vean convertidos en el centro de atención de todos. Si se les pide que cuenten la historia la dirán bien, y a veces con sentido dramático. El tipo corriente de inglés, en cambio, si hace su declaración sin que se la apunte o sople el abogado, será confusa e incoherente, y en ocasiones apenas si podrá hablar.

Esta característica nacional puede que tenga relación con el hecho de que en el procedimiento inglés la declaración se toma por preguntas y respuestas. He hablado de que el abogado puede "apuntar", pero entiéndase que al abogado no le está permitido hacer al testigo que él ha presentado ninguna pregunta que lleve implícita la respuesta deseada, como por ejemplo: "¿Vive usted en el n.º 4 del Paseo de las Acacias?" Lo que deberá preguntar es: "¿Dónde vive usted?" También puede preguntarse: "¿Qué edad tiene usted?" aunque he oído decir a algún profano que esa pregunta dirigida a una señora es un modo de "soplarle" la respuesta. "Apuntar" no quiere decir que se haga una pregunta "penetrante"

o "directa". Hay que añadir que en los tribunales ingleses, mucho más, creo que en muchos tribunales americanos, se hacen preguntas que "apuntan". Hay abogados que saben combinar una estricta sujeción al procedimiento con las ventajas de la laxitud, como aquel abogado irlandés que empezó su interrogatorio preguntando: "Patrick Rooney, ¿cómo se llama usted?"

La respuesta ortodoxa, e indudablemente correcta a la pregunta de por qué no se le permite a un testigo inglés hacer su declaración a su manera, es que nuestras pruebas testificales son estrictas y excluyen muchas cosas que serían admitidas en la mayor parte de los países continentales. Me es difícil no referirme de nuevo a *Las Aventuras de Mr. Pickwick*, y para el profano, al menos, la exposición clásica de una importante regla de las pruebas testificales es la que pronunció el Juez Stareleigh ante los desatinos de Samuel Weller: "Caballero, no tiene usted que repetirnos lo que dijo el soldado ni ninguna otra persona: eso no es prueba".

Esta es la regla contra la admisión de la prueba "de oídas", y aunque nos priva de mucho que en nuestras vilas privadas estimaríamos como muy importante, protege al tribunal contra la engañosa lengua de ese embustero enemigo, el Rumor, y nos asegura de que un testigo sólo nos hablará a base de su propio conocimiento y observación. Un observador continental puede encontrar mal que después de hecerle jurar a un testigo que dirá "toda la ver-

dad" le detenemos cuando trata de hacerlo, y puede argüir que a un juez experimentado debería permitírsele que oyese toda la historia y que no le dé más valor de lo que merecen a las declaraciones hechas por un testigo basándose en la autoridad de otra persona. La respuesta es que nuestras pruebas testificales se han instituido con miras al juicio por jurados, y que el jurado es a menudo un cuerpo compuesto de personas muy discretas, pero no es un cuerpo familiarizado con el derecho o con la lógica.

Creo que la mayor parte de los jueces dirán que tomadas en conjunto nuestras pruebas testificales se adaptan muy bien a su finalidad y raramente rechazan la luz de la verdad. Además, cuando el juez actúa sin el jurado (como ocurre en los casos civiles en tiempo de guerra) suele acordarse que el procedimiento cambie algo.

Quizá pueda consolarle al testigo pensar, y no se equivocará, que en cualquier choque entre él y el abogado, la simpatía del jurado, si hay jurado, y el público, es más fácil que esté con el testigo que con el abogado. A todos nos gusta ver a un aficionado enfrentarse a un profesional, y ver mordido al que muerde. Dickens sabía esto muy bien. Cuando Mr. Weller logró con un chiste que aquel terrible abogado Serjeant Buzfuz quedara en ridículo, nos hace saber que el público se rió y que hasta el pequeño juez se sonrió.

Pero sería una locura que cualquier testigo tratase de copiar a Samuel Weller. Probablemente encontrará, si es hombre cortés, y no demasiado desafortunado o vulnerable, que la prueba testifical toma el carácter de un intercambio de finezas. Y no es necesario añadir (porque ¿a quién se le ocurriría tal cosa?) que no sería respetuoso ni político hacer intencionalmente chistes a costa del juez. Y digo "intencionalmente" a propósito. Hace años se presentó en la Audiencia de Bristol un testigo galés a quien se le escapó decir de un caballero cuya conducta se examinaba en el juicio, que estaba "tan borracho como un juez", a lo que el juez preguntó amablemente "¿quiere usted decir, verdad, tan borracho como un lord?" "Sí, milord", replicó el testigo con tanto regocijo del juez como de los espectadores. Deberíamos, quizá añadir, que el juez estaba seguro de que nadie podía sospechar en él la más mínima infracción de la estricta sobriedad que corresponde guardar a un juez.

El testigo prudente tratará en absoluto de no ser gracioso. Los niños prestan declaración con mucha sobriedad, y mi experiencia es que no hay mejor testigo que un niño inteligente y sincero. Ciertamente es que no hay testigo a quien sea más difícil hacer preguntas. Recuerdo a un pequeño londinense que un domingo por la mañana estaba jugando con sus juguetes, mientras su padre estaba en la cama y su madre preparando el desayuno. Oyó el niño un golpe en la calle, dijo, y salió a ver lo que ocurría, y

pudo describir con detalle y con gran exactitud, la posición de los dos vehículos que habían chocado. Cuando fue interrogado contestó cortés y claramente, y en la menor cantidad de palabras posibles. Recuerdo bien el interrogatorio, que vino a ser así:

Abogado:—¿Cuando oíste el ruido saliste de la casa en seguida?

Testigo: —No, señor.

Abogado:—Pero, ¿no dijiste que saliste a la calle?

Testigo: —Sí, señor.

Abogado:—¿Quieres decir que no saliste en seguida?

Testigo: —Sí, señor.

Abogado:—Pero, ¿tendrías seguramente prisa en ver lo que ocurría?

Testigo: —Sí señor.

Abogado:—Entonces, ¿por qué no saliste a la calle en seguida?

Testigo: —Porque tuve que ponerme los pantalones, señor.

La risa fue general, y el pequeño se quedó confundido y apenado como ocurre muchas veces con los niños cuando contemplan la frivolidad de los mayores. Prestó un excelente servicio en aquella ocasión, a la administración de justicia. Hace de esto algunos años, y es probable que ahora esté desempeñando un papel varonil en la gran lucha por la justicia. Era el testigo perfecto.

De *Inglaterra Moderna*, enero 1942.

Consideraciones sobre los Derechos de la Mujer

Por JANET ADAM SMITH

Diez meses antes de la terminación de la última guerra, el Parlamento aprobó una ley concediendo a las mujeres británicas el voto, y un año después se aprobó otra ley que eliminaba los impedimentos por razón de sexo, abriendo a las mujeres muchas profesiones a las que hasta entonces no habían tenido acceso. En el intervalo entre las dos guerras se afirmó esta posición: Oxford concedió grados a las mujeres; Cambridge también, aunque sin título, y las mujeres fueron admitidas en los más altos empleos del Estado. Quedan aún muchas posiciones que ganar—la más importante quizá sea: igual salario por igual trabajo—pero todo el mundo, excepto los más exagerados feministas, está ahora dispuesto a reconocer que la batalla por los Derechos de la Mujer ha sido prácticamente ganada.

Con todas estas victorias, el foco de interés ha cambiado levemente. Cuando la vanguardia del movimiento luchaba por el ingreso en las universidades y en las profesiones, el énfasis recaía en las actividades de fuera del hogar, ya que para muchas mujeres el hogar era la cárcel de la convención y de la necesidad, de la que trataban de escapar. Pero en

la actualidad la marea toma una dirección algo diferente, y las mujeres inteligentes empiezan a dirigir su atención más bien hacia el hogar.

Hace 15 o 20 años, las muchachas que iban a la Universidad eran consideradas como mujeres que se dedicaban a las profesiones, y si se casaban después de obtener el grado, no sólo se estimaba que habían «perdido» los beneficios de una buena educación, sino que habían usurpado el sitio de un más digno candidato. Este punto de vista era natural cuando había que luchar por las carreras, y sobre todo en Oxford y Cambridge, cuyos estatutos limitan el número de colegios femeninos y de los estudiantes que puedan admitir, y donde la entrada se hace por oposición. Pero no era enteramente lógico, pues si nadie consideraba como tiempo «perdido» que un brillante estudiante clásico fuese un funcionario en el Ministerio de Hacienda, donde nunca tendría ocasión de usar sus conocimientos en filosofía o griego, ¿por qué había de considerarse como «perdido» que una muchacha con matrícula de honor en Historia dedicase su vida a las obligaciones de esposa y de madre?

La defensa tradicional de la educación humanista es que aunque no enseña la técnica de una carrera especial, desarrolla una inteligencia general capaz de enfrentarse con situaciones particulares variadas, comunica un sentido de los valores y da acceso a algunos de los más hondos placeres de la vida. Muchas más mujeres empiezan ahora a darse cuenta conscientemente de que las actividades de la vida familiar

ofrecen tanta oportunidad para el desarrollo de las facultades individuales como los trabajos de un Ministerio. El punto de vista convencional respecto a lo de tiempo «perdido» fue expresado por Virginia Woolf en su folleto feminista titulado *Tres Guineas*, publicado en 1938, en que abogaba porque se dispensara de los trabajos domésticos a las mujeres educadas. A esto contestó muy adecuadamente Mrs. Leavis (quien no sólo realiza trabajos domésticos sino que enseña inglés en Cambridge): «Los trabajos de que Mrs. Woolf quiere librar a las mujeres, por lo que suponen de tiempo perdido, no sólo proporcionan una disciplina útil, sino que sirven como de criba para determinar qué valores son importantes y verdaderos, y cuáles son convencionales y desdeñables.» Las «ata-duras» de los niños y de la cocina pueden librar a una mujer de la tiranía del juego del bridge.

Si la muchacha que tenía carrera dejaba su trabajo para casarse, se consideraba en los círculos feministas que había arriado la bandera y se la estimulaba a que continuase con los dos trabajos, recordándole que los bebés podían ser dejados en casas-cunas y escuelas maternas, mientras la madre iba a su oficina.

Este problema es también mirado hoy de modo muy diferente. El casamiento es considerado más que como una alternativa más aburrida y más convencional a una carrera, o como algo que puede ser añadido a una carrera, como una carrera en sí mismo, y no porque se desconozca el valor de otros intereses, sino porque se reconocen con sentido realista las

grandes dificultades prácticas y psicológicas de armonizar la crianza y cuidado de los niños con las horas de una oficina situada a distancia del hogar. Es posible alternar muchos otros trabajos con el permanente del hogar, pero hoy la tendencia es hacer del matrimonio el centro de las actividades y buscar luego cuáles son las otras que pueden realizarse al mismo tiempo.

Ahora que se ha aplacado ya casi toda la agitación alrededor de los Derechos de la Mujer, podemos distinguir más fácilmente entre fines y medios y darnos cuenta de que la verdadera finalidad por la que luchó la vanguardia era un sentido de responsabilidad y de igualdad (que no quiere decir identidad), independencia, confianza en sí mismo, ocasión de desenvolver una personalidad completa y la de desarrollar talentos especiales. El sufragio, los grados universitarios, el derecho a ser médico o abogado eran medios, y medios necesarios, para conseguir los fines deseados. Pero ahora comprendemos que un voto, un grado, un trabajo en una oficina no garantizan por sí mismos esos fines, y si no perdemos de vista los mismos fines nos daremos cuenta de que éstos no son los únicos medios de conseguirlos.

El matrimonio continuará siendo la carrera de la mayor parte de las mujeres, y la importante obra a realizar ahora es asegurar que el matrimonio sea un medio como cualquier otro para los fines deseados.

No se trata, por tanto, de desanimar a las mujeres para que sean abogados, médicos, o tenedores de libros, sino asegurar a las madres una situación respetable como médicos y abogados. En general, el efecto de la guerra sobre la situación de la mujer de su casa ha sido favorable. En muchas de sus campañas el Gobierno ha subrayado la posición central que la madre de familia ocupa en la economía nacional, y ahora ya sabemos todos que la mano que empuña la cacerola y el rodillo, que maneja la máquina de planchar o la cocina de gas, es de grandísima importancia para el esfuerzo de guerra del país. Además, las constantes discusiones en el Parlamento y en la Prensa sobre la necesidad de detener la disminución de la natalidad quizá haya dado a las madres una mejor idea de sí mismas.

Paralelamente con la mejor situación de la madre de familia, se afirma la idea de que el hogar no debe nunca ser ese callejón sin salida de que hablaban los feministas, que creían que la inteligencia y los trabajos domésticos eran cosas incompatibles. El hogar es el centro de la mayor parte de las mujeres, pero no debe ser su límite. Por muchos caminos, los intereses y experiencias ganados fuera del hogar enriquecen la vida de familia. Una educación superior nunca representa pérdida de tiempo, y no se desperdician sensibilidad e inteligencia criando a los niños y ayudándoles a desarrollar su sensibilidad. La muchacha que haya vivido en una co-

munidad de alto nivel de cultura, que haya discutido con hombres en las sociedades universitarias, no tiene que matar el tiempo jugando al bridge o murmurando a la hora del té; y el vivo interés que toma en la literatura o en la política les proporcionará, a ella y a su marido, una constante variación de la rutina de los niños y de la cocina.

A su vez, las lecciones aprendidas en el roce de la familia, y los valores puestos a prueba en las experiencias primarias de criar niños y alimentarlos y protegerlos, tienen aplicación mucho más allá de las cuatro paredes de la casa. Y cada vez más habrá, muy cercanos al hogar familiar, trabajos para las mujeres inteligentes.

Hay también otros deberes—como la necesidad de tomar seriamente el voto, y comprender que todo asunto de la vida pública es en cierto sentido un asunto femenino, y no sólo los considerados convencionalmente como tales, como la salud, las viviendas o el cuidado de los niños.

En estos deberes de edificar buenas viviendas y de mantener el nivel de inteligencia y humanidad en la vida pública y privada, la generación joven de mujeres encuentra igual estímulo que el que sus tías y abuelas sentían por la batalla en defensa de los derechos de la mujer. Pero aunque parezca paradójico, esas campañas de sus abuelas en favor del voto son las que han hecho posible para ellas descubrir de nuevo las posibilidades y valores de la tradicional profesión del matrimonio. Mientras el hogar era la única carrera abierta a las mujeres, era causa de descontento para muchas; hoy que la elección es libre, el casamiento puede recobrar su dignidad como la carrera de mayor responsabilidad y exigencias y recompensa de todas ellas.

Condensada por e.j.r.

Páginas de Historia

por Alfonso Jiménez

(Escritas en el año 1900)

29 de noviembre de 1844

Toma posesión del empleo de Jefe Supremo del Estado, don Francisco María Oreamuno, electo por 1,541 votos (entre 2,281) para suceder a don José María Alfaro. Al propio tiempo expide la Cámara de Representantes este decreto: "Considerando: que el ex-Jefe Provisorio señor José María Alfaro llamado por los votos del pueblo a la silla del Ejecutivo, hizo el sacrificio de aceptar dicho destino, por librar a Costa Rica de los males que la amenazaban, a consecuencia de la desastrosa guerra que estalló en setiembre de 1842; que al efecto salvó al Estado y le ha conservado pacífico y floreciente, sin abusar del poder absoluto de que estaba revestido, ni derramar sangre ni lágrimas, hasta este día en que el texto sagrado de la ley pone el poder en otras manos, ha venido en decretar y decreta: Art. 1.º La Cámara de Representantes reconoce los importantes servicios que el ex-Jefe señor José María Alfaro ha prestado a Costa Rica. 2.º En consecuencia, la misma Cámara declara: que dicho señor Alfaro ha contraído un mérito distinguido, y que es acreedor a la gratitud pública. 3.º En testimonio de este sentimiento, la Cámara de Representantes nombrará una Comisión de dos indi-

viduos de su seno, para que presente al señor Alfaro este decreto, y le acompañe en su próximo regreso a la ciudad de Alajuela". Firman el decreto los señores Rafael Ramírez, José María Castro y Juan B. Bonilla, Representantes; Juan Mora y Juan de Dios Céspedes, Senadores; y Francisco María Oreamuno, Jefe Supremo.

¿Qué satisfacción mejor que la de retirarse del poder de esa manera, recibiendo el homenaje de la gratitud y respeto de sus conciudadanos? Ella supera la que se sienta en el momento de encargarse del poder, cuando la idea de la responsabilidad y la del porvenir incierto inquietan a quien no sea un desequilibrado. Y hay gentes, sin embargo, que sonreirán al leer esta página...

5 de octubre de 1847

A las 10 de la mañana se inicia en la ciudad de Alajuela un pronunciamiento, firmándose por algunas personas un acta en que se desconoce el gobierno del Dr. don José María Castro. A la cabeza del movimiento aparece el señor Francisco Emigdio Aqueche, salvadoreño de origen, al servicio del Estado, pero el verdadero Jefe era don José María Alfaro, ex-Presidente del Estado, quien hacía poco que había renunciado del puesto de vice-Presidente y reñido con el doctor Castro, su antiguo Ministro. Los revolucionarios ocuparon inmediatamente la ciudad de Heredia, donde no había sino una guarnición pequeña. El gobierno dio a los sucesos una importancia que no tenían; ordenó que todo el mundo se presentara a tomar las armas y envió fuerzas superiores a atacar a

los rebeldes. El Presidente en persona se puso al frente del ejército "protector de la ley" y dirigió la famosa ...revolución.

El día 7 salió de San José la vanguardia y llegó a la hacienda de La Asunción. El 8, a las 10 $\frac{1}{2}$ a. m., ocuparon las tropas josefinas la plaza de Alajuela, sin más resistencia que algunos tiros por parte de los rebeldes, y así terminó el trastorno. El Presidente entró en esta ciudad bajo arcos (oficiales, por supuesto) y con todos los honores del triunfo; ya era Benemérito de la Patria por haber reprimido una conspiración, y entonces el Congreso le confirió el título de General de División. Alajuela fue desarmada por completo; se suprimieron en ella las milicias, y se impuso a sus habitantes una contribución de guerra. Don José María y don Florentino Alfaro fueron confinados en Térraba, y también fueron castigados otros individuos.

No se ve claro a qué se debió la poca o ninguna resistencia de los revolucionarios alajuelenses, de cuyo valor no puede dudarse.

* * *

16 de noviembre de 1849

El Dr. don José María Castro presenta al Congreso su renuncia del puesto de Presidente de la República que desempeñaba constitucionalmente desde el 8 de mayo de 1847, y es admitida su dimisión por decreto del mismo, en el cual se le dan las "más expresivas gracias por sus importantes y esclarecidos servicios" y se le declara "Fundador de la República".

Al propio tiempo es llamado a ejercer la Presidencia el señor don Miguel Mora, con el carácter de Representante encargado del Poder Ejecutivo.

En el documento que contiene la renuncia, expresa el Dr. Castro, entre otras cosas, la siguiente: "...un ronco susurro de los malcontentos me anuncia la necesidad de colocarme en la cruel alternativa de emplear la espada de la ley contra nuevos sediciosos o de sucumbir a sus maquinaciones con apariencias de magistrado débil; y como no quiero ser el tirano de mi patria ni llevar el epíteto de imbécil, porque se conforme la moderación con la libertad, he resuelto decididamente elevar, por segunda vez, mi renuncia al Congreso."

Sin entrar en el examen de las circunstancias que motivaron la renuncia, no se puede menos que exclamar, en presencia de ese hecho: ¡benditos tiempos aquellos en que los presidentes renunciaban antes que encarnizarse contra sus conciudadanos, así juzgase a éstos injustos o ingratos! Entonces no se creían *necesarios* ni los mejores patriotas.

El Dr. Castro mostró no ser hombre vulgar.

* * *

30 de enero de 1852

El Presidente de la República, don Juan Rafael Mora, expide un decreto en que declara disuelto el Excelentísimo "Congreso Nacional" y convoca a elecciones para la renovación de ese cuerpo.

Al Ministro de Gobernación don Joaquín Bernardo Calvo, se encargó el cumplimiento del decreto.

Un testigo cuyas simpatías por el señor Mora son conocidas, como que fue su colaborador durante la mayor parte de su administración, y que era entonces nada menos que Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia, refiere que el Presidente estaba descontento porque "tenía mayoría en el Congreso, pero no unanimidad" y "deseaba también variar la Corte de Justicia, porque no en su totalidad le pertenecía"; se retiró a su hacienda "Frankfort" de las Pavas, desde donde envió al Congreso un manifiesto y su renuncia; y como no le fuera ésta admitida, dió el célebre decreto y efectuó los cambios que deseaba, puesto que según afirma el propio testigo, no se trataba de principios sino de personas. Fueron desterrados los señores Dr. don José María Castro, Dr. don N. Toledo, Presbítero Reyes y don Bernardo Rivera Cabezas.

El Poder Ejecutivo no tenía, como jamás ha tenido en Costa Rica, la facultad de disolver congresos; así es que lo hecho en 1852, si bien no produjo fuerte trastorno por el momento, dadas las circunstancias del país, fue perjudicial a la República y sus nacientes instituciones, y de trascendencia funesta. ¿Cuál gobernante no ha echado mano de las corruptelas o malos pasos de sus antecesores, para disculpar los suyos, ni más ni menos que como invocan los jueces en apoyo de una práctica viciosa o de una triste inteligencia de la ley, el error de hace muchos años, perpetuado por la pereza o la ignorancia? Después de

nuestros toda clase de penalidades; pero aquella noche del 21 les dejó recuerdos hondos; agazapados dentro de unos botes, a la sombra para no ser descubiertos, la pasaron de tal modo que el señor Blanco en su diario dice: "¡Qué noche! bajo una nube de zancudos, horrorosa, y sin poder nadie moverse del lugar que ocupaba y sin haber pasado un bocado desde por la mañana." El 22 fue sorprendida la fortificación enemiga; de 60 filibusteros, sólo 6 escaparon; la carga fue a la bayoneta, pues los fusiles estaban mojados. Allí quedó una guarnición. El 23 a las 5 a. m., fueron apresados en Punta Castilla, los vapores *Weeheler, Morgan, Machuca y Bulwer*, por Blanco, don Francisco Alvarado, el capitán Spencer y 45 más. Hé aquí un fragmento de cierta relación de ese hecho:

"La población de San Juan del Norte, que hace meses no viene a la Punta, acudió llena de júbilo a dar la enhorabuena a los costarricenses, trayéndoles refrescos y comida. Los Ingleses, pasmados de ver a un puñado de hombres que en balsas deshechas y malos botes venían desde tan lejos a asaltar vapores defendidos, acudían curiosos de verlos, dibujándolos como estaban, unos sin calzones, otros sin camisa, destrozados todos en la penosa expedición, mojados como pollo que acaba de salir del cascarón, entumecidos de frío bajo su extraño algodón de jerga, y sus pequeños sombrerillos de palma, apenas encajados sobre la cabeza". Esos hombres enarbolaron el pabellón costarricense en Punta Castilla. Con los vapores pudieron los nuestros subir el río San Juan. El 27, a las 4 p. m., Blanco, Spencer y Cauty, con el

vapor "*Morgan*", se apoderaron del pueblo y fortaleza del Castillo Viejo. Enseguida cayeron en su poder los vapores "*J. Ogden*" y "*La Virgen*", éste con dos obuses, dos cañones, 400 rifles y muchas cajas de parque, todo nuevo y en buen estado. El 30 cayó en poder de los costarricenses el fuerte de San Carlos, mediante una estratagema que hizo que el comandante capitán Kruger fuese a bordo del *Ogden*. El 3 de enero de 1857 fue apresado el vapor "*San Carlos*", que llevando 350 pasajeros, se acercó con entera confianza al fuerte del mismo nombre, y sorprendido se rindió. Los pasajeros venían desde San Francisco de California. Así quedaron los costarricenses dueños del río San Juan, el lago de Granada y todos los vapores de Walker; cortaron la comunicación de éste con el Atlántico y pudieron comunicarse con los aliados en Masaya. El Presidente Mora dijo en una proclama; "todo se ha conquistado sin un sólo tiro, sin una gota de sangre, a fuerza de intrepidez y de sorpresas. Y ¿con qué contábamos? Troncos, apenas escarbados o mal unidos con bejucos, han sido nuestra flota para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos; fusiles enmohecidos y que apenas podían dar fuego, por los continuos temporales sufridos, nuestras únicas armas; escasez de viveres y de todo en el primer momento; pero había el coraje, la abnegación, el patriotismo, la UNION costarricense; la resolución de vencer o morir, ...".

¿Cómo poner aquí los nombres de todos los héroes de la expedición...? Además de los citados: Joaquín Fernández, Damián Soto, Jesús Alvarado, Santos Mora,

Francisco Echandi, Francisco Quirós, Dionisio Jiménez, Matías Valverde, José Solano, Ramón Brenes, Ambrosio Salazar, Ramón Campos, Rafael Bolandi, Rafael Camacho, etc.

¡Dichosos ellos que probaron su valor combatiendo abnegados por la causa santa de la libertad de la patria! En ocasiones como esas, comprende uno que haya hombres de guerra; no que éstos sirvan de baluarte a la tiranía, en el seno de la sociedad a que pertenecen.

* * *

27 de octubre de 1857

El Congreso, "deseando dar un testimonio público de la gratitud de los pueblos que representa, al Presidente de la República, jefes, oficiales y soldados por los eminentes servicios prestados en la guerra que sostuvo contra las hordas filibusteras", decreta honores y recompensas a todos ellos, que se erija un monumento que "eternice la memoria de los triunfos de Santa Rosa, Rivas y San Juan", en el centro de la plaza mayor de esta capital, y que el día 1.^o de mayo sea feriado y se celebre con la solemnidad posible. (1)

El monumento se inauguró el 15 de setiembre de 1895, en el Parque Nacional.

(1) La celebración decretada ha dejado de hacerse. El lugar de la fiesta nacional del esfuerzo y de la abnegación ha sido ocupado por una fiesta demagógica "de los obreros contra el trabajo", desvirtuación de la antigua manifestación internacional del 1.^o de mayo.

Entre los honores y recompensas aparecen los títulos de Capitán General y Teniente General, conferidos al Presidente, don Juan Rafael Mora, y a don José Joaquín Mora, que en la guerra llegó a figurar como General en Jefe de los ejércitos centroamericanos, y la donación a los hijos del mismo don José Joaquín y de don José María Cañas, de las sumas de veinte y quince mil pesos, para resarcirlos de las pérdidas que sufrieron durante la campaña, por el abandono de sus intereses.

Abril de 1944.

No obstante su pequeños, Costa Rica tiene ya una lista regular de trabajadores esforzados, cada uno sabio a su modo, y, por tanto, incomparable con los otros. Menciono a los que he podido medir con mi personal compás,

De los que viven, voy a citar únicamente a los mayores de edad; don Ricardo Jiménez, don Anastasio Alfaro y don Ricardo Fernández Guardia. De los muertos: don Julián Volio, don Carlos Durán, don Francisco Picado, don Mauro Fernández, don Alberto Brenes Córdoba, don Carlos Gagini, don Cleto González Viquez, don Miguel Obregón, don Enrique Jiménez Núñez y, ahora, fallecido en mayo, don Clodomiro Ficado Twight.

Qué le parece la oración del Presidente Roosevelt?

—La carta a Dios, querrá Ud. decir? En ella le anuncia al Todo Poderoso la invasión aliada en Francia y le pide su colaboración en la guerra.

Pues bien, si a mí me tocara contestar esa carta, diría al Presidente como el torador español al compañero que va a entrar en la lid: "Encomiéndate a la Virgen y no corras ..."

ANECDOTARIO

Por Julio Vives Guerra

Después de un combate o de una batalla—sin que pueda yo dar el nombre del paraje, el Libertador Simón Bolívar se le adelantó a sus oficiales, e iba solo, por una de esas genialidades tan frecuentes en él.

Como Simón Bolívar sintiese las fauces reseca, porque calentaba un sol de esos tropicales que «no destiñen», miró hacia todos lados a fin de descubrir la linfa de un arroyo, y columbró allá como a las diez cuadras, una buena casa de campo.

Dióle de los acicates al caballo, llegó a la casa en donde no se veía a nadie, si bien una columna de humo y el cacareo de las gallinas indicaban que la habitación no estaba vacía.

Bolívar se apeó, acercóse a la puerta y, con el mango del látigo, dio tres golpes.

Casi inmediatamente la puerta se abrió y en el umbral apareció una dama como de treinta años, bellísima, de rasgos fisonómicos finos y distinguidos, que la mostraban como de nobles abolengos.

El Libertador se descubrió y la saludó galantemente:

—Buenas tardes, señora mía.

—Buenas! Qué se ofrece?

Por el acento y por la castiza pronunciación de la «c», Bolívar la pensó y tuvo por española, y la dijo, siempre dentro de la misma cortesía:

—Si a usted señora mía no le fuera muy molesto, me atrevería a suplicarle que me diera un vaso de agua.

—Con mucho gusto, señor — contestó ella. Entre usted, y permítame un momento.

Se dirigió a un aparador, sirvió el agua y se la entregó a Bolívar, que apuró el vaso casi de un sorbo. Luégo lo devolvió, exclamando rendidamente:

—Gracias, señora. Ninguna Rebeca más hermosa le ha dado agua a un Eliécer más sediento:

Sonrió la dama, y Bolívar le preguntó

—Es usted española?

—Española, tengo ese honor, le contestó la dama.

Entonces hubo este diálogo:

Bolívar: —Conque española?

La Dama —Sí, señor, española, y repito que es para mí mucho honor el serlo.

B: —Siendo usted española, aborrecerá mucho a los patriotas.

D: —Patriotas somos los españoles, y yo, como española, no puedo menos q' odiar a quienes están contra mi patria.

B: (Sonriendo) —Y a Bolívar lo aborrecerá mucho, no?

D: —Con más razón que a todos.

B: —Usted no lo conoce?

D: —No, señor, ni quiero conocerlo.

B: —Si lo conociera, no lo odiaría. Es muy galante con las damas, sobre todo si tienen los atractivos de usted.

D: —Sí? Pues que le aproveche su galantería. . . . Pero usted tendrá más sed, a juzgar por el ansia con que se bebió el agua. Voy a prepararle una limonada.

Púsose la dama a preparar la bebida, y Bolívar, aprovechando un descuido de ella, arrancó de su cartera una hoja, escribió unas líneas y, disimuladamente, colocó el papel sobre una mesa. Luégo recl-

bió la limonada, la apuró, dio las gracias, montó y se retiró rápidamente.

La dama lo miró alejarse, se entró, y habiendo visto sobre la mesa el papel, lo desplegó y leyó:

Señora: Usted será española, pero lleva en sí los colores que siempre soñé para la bandera de mi Patria: el oro en los cabellos, el azul en los ojos y el rojo en los labios.—SIMON BOLIVAR.

Muchos años después, la bella española, al contarles el episodio a sus descendientes, les decía, mostrándoles un vaso y un papel amarillento que sostenía en las temblonas manos:

—Desde entonces conservo este vaso y este papel. En la vasija bebió Bolívar y el papel me lo escribió él.

* * *

Ya he traído varias veces a esta sección el nombre del doctor Miguel Valencia Cajiao, inteligente abogado de Popayán, que vivió a fines del siglo pasado y murió a principios del actual.

El doctor Valencia Cajiao era hombre de regocijado espíritu, amigo de la broma y el jolgorio, sin ser juerguista, gran improvisador y popularísimo entre sus coterráneos, que lo admiraban, lo estimaban y lo querían, por su talento, sus buenas prendas de caballero y la corrección de sus maneras.

Algún día se encontró el doctor Valencia Cajiao en una de las calles de su nobilísima ciudad con su amigo de infancia don Angel María Romero, profesor de la Universidad del Cauca.

El doctor Valencia iba muy enfundado en un gabán y se hallaba muy flaco, a causa de una larga enfermedad.

El doctor Romero, que nunca lo había visto así, le preguntó:

—Qué te pasa, Miguel, que estás tan flaco y tan metido entre ese sobretodo?